



COLECCIÓN  
CALCETÍN

# Lucas y Lucas

Pilar  
Mateos

Dibujos de  
Gerard  
Miquel



Lucas se cepillaba los dientes con mucho brío delante del espejo. Lo que más rabia le daba de todo era tener que acostarse temprano. Qué manera más tonta de perderse cosas; porque mientras uno está dormido ocurren cosas interesantes. Y uno no se entera de nada.

—Que dice mamá que te des prisa.

—Que ya voy.

Una pizca de pasta dentífrica saltó hasta el espejo, y Lucas la frotó con la mano para limpiarla; entonces, se dio cuenta de que Lucas, el del espejo, estaba frotando tan afanosamente como él.

—No hace falta que limpiemos los dos —dijo el niño—, con uno es suficiente.

El que estaba dentro del espejo se quedó quieto, con la mano extendida. Lucas vio el churrete que había formado la pasta, como un reguero de nieve sucia.

—¿Lo ves? Lo hemos dejado peor.

Se estiró la manga de la chaqueta y la pasó varias veces sobre la mancha; el otro hizo lo mismo.

—Me gustaría saber cómo te las arreglas cuando no estoy yo.

Por un momento se observaron el uno al otro pensativos; se sacaron la lengua, arrugaron la nariz al mismo tiempo y ladearon un poco la cabeza.

Felipe volvió a asomarse por la puerta.

—Que dice mamá que ordenes los juguetes.

—Que bueno.

Pero Lucas tenía otros asuntos en que pensar. Sosteniendo el vaso en la mano, se acercó cuanto pudo al espejo, hasta que el borde del lavabo se le metió en el pecho.

—Anda —dijo—, ¿a que no sales de ahí? A ver si te atreves.

Y al otro se le iluminaron los ojos. Se notaba que la idea le gustaba, pero no acababa de decidirse a llevarla a cabo.

—Sería divertido que fuéramos dos; así nos repartiríamos las tareas. Tú harías los deberes, y yo leería cuentos.

Hubo un minuto de duda. Los dos se contemplaban expectantes, con los ojos muy abiertos y una expresión persuasiva que fue cambiándose, poco a poco, en otra de desencanto.



—¡Bah! Ya veo que no te atreves. Eres un miedica.

Entonces, Lucas el del espejo hizo algo inesperado. Alargó el brazo como si fuera a depositar el vaso en la repisa y, en vez de eso, lo lanzó contra el espejo. Un trozo de cristal se resquebrajó en una esquina; después, se desprendió y cayó al suelo con un chasquido. Lucas el del espejo se contrajo todo lo que pudo para colarse por allí, tomó impulso y saltó ágilmente sobre los baldosines.

—¿Te has cortado?

—¡Qué va!

Se puso de pie y se subió los pantalones del pijama, que se le habían caído un poco. Se metía las manos en los bolsillos de la chaqueta exactamente igual que Felipe, dejando fuera el dedo pulgar.

—Somos iguales.

—Pues claro.

En cambio, la manera de levantar los hombros, un tanto arrogante, era idéntica a la de su amigo Roque.

—¿Nos vamos a quedar aquí mirándonos como tontos?

La pregunta tenía un tonillo despectivo que hizo reaccionar a Lucas de inmediato.

—Ni mucho menos. Tienes un montón de cosas que hacer.

El otro adoptó una postura defensiva.

—¿Como qué cosas?

—Nada importante. Lo de todos los días. Tienes que ordenar los juguetes, preparar los libros para mañana y sacar los calcetines limpios.

—No pienso hacer nada de eso.

Lucas se quedó pasmado. No se esperaba semejante respuesta.

—Tú tienes que hacer lo que yo te diga.

El del espejo se echó a reír, y Lucas reconoció su propia risa cuando les quitaba la pelota a los pequeños solamente para hacerles rabiar.

—Eso era mientras estaba ahí metido. Ahora puedo hacer lo que se me antoje.

La situación se presentaba muy distinta a como Lucas la había imaginado. ¡Si se trataba, precisamente, de hacer lo que él quisiera! Lo tenía todo planeado: Lucas, el del espejo, se ducharía todas las mañanas; Lucas, el del espejo, ayudaría a poner la mesa; Lucas, el del espejo, estudiaría las matemáticas; y, entretanto, Lucas, el de verdad,

construiría maquetas de barcos y comería piruletas de naranja.

—Y lo primero que voy a hacer —dijo Lucas el del espejo— es ir a la cocina y comerme cuatro pastillas de chocolate.

—Me castigarán sin postre el domingo.

—Y después me voy a quedar viendo la tele con los mayores.

—Y yo me quedaré sin el cine del sábado.

—Y no pienso acostarme en toda la noche. Voy a buscar caracoles con una linterna y a montar en barca por la ría. Voy a leer todos los cuentos que quiera; no pienso apagar la luz de mi cuarto hasta que yo lo diga.

Empujó el batiente de la puerta con un ademán desdeñoso y salió balanceando los hombros igual que el malo de las películas del Oeste. Lucas lo contempló con admiración. ¡Qué bien lo hacía! Él lo había estado ensayando inútilmente durante toda una semana.

Se miró en el espejo. La mayor parte de la superficie estaba intacta, sólo en una de las esquinas inferiores faltaba un trozo en forma de triángulo; pero su imagen no estaba allí, y esto le causaba inquietud. Se miró las manos, la tripa

y las piernas. Y se tocó la cabeza para asegurarse de que estaba entero.

—Será mejor que me vaya a la cama cuanto antes —se dijo—. Me taparé con las sábanas hasta la nariz y me haré el dormido.

Mientras estaba quitándose los zapatos, su hermano Felipe entró en el cuarto con un vaso de leche en la mano y, al verlo, hizo un gesto de extrañeza.

—¿No estabas en la cocina?

Casi al mismo tiempo, su madre apareció en el vano de la puerta. Lucas conocía de sobra el significado de aquel ceño, el tono de la voz, tranquilo y firme, de cuando estaba disgustada.

—Lucas, quiero que me devuelvas esa tableta de chocolate.

—¿Qué chocolate? —dijo Lucas—. Yo no lo tengo.

—No debes mentir. Sobre todo si yo misma te he visto llevártelo.

Lucas extendió los brazos y abrió la boca exageradamente para que lo registraran hasta donde fuera preciso. Su madre meneó la cabeza, pesarosa.



—Mañana te dolerá la barriga.

—Sí —pensaba Lucas—, mañana me dolerá la barriga y más cosas.

Se metió en la cama y se ovilló bajo las mantas. ¿Qué estaría haciendo Lucas el del espejo? Probablemente se había ido a buscar caracoles con los bolsillos repletos de chocolate.

—Ése no era el trato —se dijo, enfadado—. Tenía que acostarse temprano, y yo, marcharme por ahí tan tranquilo.

Por más que se esforzaba en permanecer atento, nunca lograba darse cuenta del momento en que se quedaba dormido. Se despertó al sentir que Lucas el del espejo lo empujaba sin contemplaciones hacia un lado de la cama.

—Déjame un sitio.

Traía un buen puñado de higos secos. Se sentó en la cama como si fuera suya y se puso a comerlos.

—Podrías convidar, ¿no?

El del espejo le alargó la mano abierta para que cogiera.

—Me los ha dado un vagabundo.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí. He ayudado a los pescadores a descargar la sardina y he viajado en camión.



–Ése no era el trato –refunfuñó Lucas.

El otro tiró de la ropa para taparse. Lucas se quedó con los pies al aire.

–No hemos hecho ningún trato.

–Pues lo hacemos ahora.

Dejaron de comer higos y se miraron fijamente. Desafiantes.

–Mañana te toca ir al colegio. Ése es el trato.

Lucas el del espejo volvió a tirar de la manta hacia sí.

–De acuerdo –asintió–; pero ahora quiero dormirme, que tengo sueño.

Al despertarse por la mañana, Lucas estaba solo. Al principio tuvo la sensación difusa de que le había sucedido algo importante; en seguida se acordó de que tenía un doble. Era estupendo. Era mucho mejor ser dos que ser uno; podía hacer el doble de cosas. Lo malo era que no tenía la ropa duplicada. Y Lucas el del espejo se había llevado su jersey rojo y sus pantalones nuevos. Así que a él le tocó ponerse los viejos y un jersey descolorido cuyas mangas le quedaban ridículamente

cortas; pero esto no le desanimó. Se dirigió con presteza a la cocina y sacó del armario un plato y una taza.

—¿No te habías marchado ya? —preguntó su madre.

Lucas no contestó ni que sí ni que no. Su madre estaba bebiéndose la leche de pie y miraba al reloj porque se le hacía tarde para llegar a la oficina. De pronto, se volvió hacia Lucas como si algo le hubiera chocado.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a desayunar —contestó Lucas con el tono impaciente de quien se ve obligado a dar una explicación innecesaria.

—¿Otra vez?

Estaba listo. El otro no sólo se había puesto sus pantalones nuevos; también se había comido sus tostadas.

—Es que tengo mucha hambre —dijo Lucas—. Estoy creciendo tanto estos días, que tengo que tomarme dos desayunos por lo menos.

—Ya veo... —su madre le observaba pensativa—; la ropa se te está quedando pequeña.

Por el camino del colegio, Lucas se iba preguntando, un tanto preocupado, si el otro cum-

pliría lo prometido. ¿Acudiría a clase en su lugar? Dobló la esquina de la calle y aguardó a que el semáforo se pusiera en verde. Entonces, se vio a sí mismo. Qué sensación tan curiosa: era él mismo en persona el que andaba por la acera de enfrente, algo más adelante. Iba con su hermano Felipe, haciéndose el cojo; un pie en el bordillo de la acera y el otro en la calzada. Al llegar a la verja del colegio se puso a pasar la mano sobre los hierros, como todos los días: Era perfecto. Ahora iría a clase de matemáticas, y después, a la de lenguaje; y entretanto él, Lucas el de verdad, era libre.

Podía ir al centro de la ciudad y mirar las tiendas de juguetes, las maquetas de las inmobiliarias o los escaparates de artículos deportivos. Si quería, podía vender palomitas de maíz a la puerta de las escuelas, o marcharse en bicicleta hasta la Peña Grande. Podía embarcarse de polizón en un pesquero y emprender una larga travesía sin que nadie advirtiera su ausencia. Podía hacer todo eso; pero, ¿qué estaba haciendo en realidad? Estaba sentado en un banco del parque, frotándose un zapato contra el otro y estallando globos con un chicle que ya no sabía a nada.